Pastoral Afrocaleña

El pueblo afro y la COP16

Por: Pastoral Afrocaleña

La imagen de la Inmaculada en la balsada del Hormiguero

“Las polainas del cusumbí, del tiburón o del tortugo se usan para las bebidas tradicionales, para dar fuerza en la cama o fertilizar a quien no ha podido tener hijos”. El cusumbí es un mamífero similar al mapache. Polainas es otra manera de llamar al genital masculino. “También del bacalao se saca el aceite que se usa para fortalecer los pulmones. Ahora lo venden industrial, pero no es lo mismo”. Deisy Sánchez, en minutos, relató el uso de plantas y animales en el Pacífico, aunados a los usos culturales, como el de la ombligada o la partería. Leonor Torres, de la Costa Caucana, también me nombró más de 30 especies, todas útiles en medio de la selva húmeda. “Hay siete clases de albahaca: blanca, morada, chirará, de la virgen, del dinero, de ojo y de cocina o de vaca negra. La de la virgen sirve para hacer baños. Las siete se dejan al sereno y con esa agua uno se baña bien de mañana. Quitan el dolor de cabeza o la migraña”.

El pueblo afrodescendiente llegó con una vasta herencia africana de relación con otros seres vivos. Ya conocía especies animales y vegetales que utilizaba en el continente madre para curar, comer, crear instrumentos musicales y una pléyade de ritos de sus espiritualidades propias. La enriquecería durante y después de la esclavización con mucho del saber indígena y de lo poco que llegó de España.

La 16a Conferencia de las Partes del Convenio sobre la Diversidad Biológica (COP16) llega ahora a territorio afro en la capital del Valle del Cauca. El convenio, según su propio sitio web, reúne los compromisos que tomaron 150 países en la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro (1992), promueve el Desarrollo sostenible de forma que involucre a ecosistemas y personas. Pretende garantizar la participación justa y equitativa de los beneficios derivados de la utilización de los recursos genéticos. En Cali (2024) se quiere alcanzar la “paz con la naturaleza”, reflexionar sobre nuestra relación con el ambiente y evitar que la economía se centre en extraer, sobreexplotar y contaminar.

El discurso es muy bonito, pero detrás hay una lucha intensa de intereses que ha retardado la implementación de medidas verdaderamente efectivas o las ha dejado sin dientes. El país, a pesar de múltiples avances significativos, todavía está muy lejos de controlar la minería ilegal y promover los usos tradicionales más respetuosos del medio ambiente. Incluso en la extracción legal tiene mucho que resolver, como lo demuestra la larga discusión sobre el páramo de Santurbán, un ecosistema que provee agua a regiones secas, pero tiene debajo minerales valiosos.

El público nacional necesita conocer en detalle las graves consecuencias que tiene la pérdida de cada especie nativa. Incluso los insectos, que pueden ser molestos y hasta temibles, se integran a redes y ciclos naturales que redundan en los servicios generosos que disfrutamos en las áreas tan ricas en las que vivimos. En otras palabras, cada pérdida aumenta gastos en desplazamientos, salud y costo del agua y la comida. Las mayorías colombianas apenas si conocen producciones como “Colombia Magia Salvaje” y llevan décadas pidiendo a las productoras más y mejores argumentos para proteger la naturaleza. La vivimos en la infancia y ahora casi no se ve. Empezamos a preocuparnos cuando escuchamos a abuelas y abuelos hacer la larga lista de la riqueza que vivieron, incluso en medio de las áreas urbanas.

Las zoteas, la práctica de levantar pequeños cultivos de plantas medicinales y aromáticas en mesas de madera, es común en el Pacífico. Permite a las amas de casa intercambiar lo que necesitan para el almuerzo diario y curar las enfermedades más comunes. Algo similar se vivía con los solares en las ciudades del sur del Valle y el norte del Cauca. Pero la presión sobre el valor y la propiedad de la tierra volvieron el solar un lujo. Nuestras comunidades campesinas identifican, una y otra vez, el principio del fin de esa riqueza con el crecimiento del monocultivo de la caña.

No hay duda de que una conferencia tan importante como la COP ayudará a visibilizar estos problemas, pero se necesita multiplicar las sesiones de conocimiento ancestral sobre medicina y gastronomía -como las que se hacen periódicamente en el Centro de Pastoral Afro en Unión de Vivienda Popular-. Cada pueblo y barrio de Jamundí, Cali, Yumbo, La Cumbre y Dagua, se beneficia cuando nuestras mayoras y mayores comparten su saber con alegría. Niñas y niños pueden, con plantas y animales frente a sus ojos, reconocer las prácticas valiosas que no necesitan a la industria para prosperar. Las huertas comunitarias o familiares, que florecieron durante la pandemia, demostraron que antejardines y terrazas salvan la economía familiar ante la escasez.

Del mismo modo, el pensamiento crítico, el fortalecimiento de la identidad y la organización que apoyó la Iglesia misionera en nuestros países, sirven de base para crear cambios como la ley 70 o las celebraciones de la afrocolombianidad. Ecuador, Venezuela, Brasil, Perú y muchos otros ya tienen desarrollos semejantes y no piensan quedarse solo en ellos. Las eucaristías afro también recuerdan que tenemos frutos, familia y trabajo para ofrendarle al Señor en agradecimiento, junto al pan y el vino. La Iglesia tiene logros organizativos, como la Red Eclesial Panamazónica (REPAM), Iglesia y Minería y sus documentos sobre conversión ecológica y responsabilidad ambiental. Pueden unirse a “Tierra y territorio, don de Dios para la vida”, la carta de los obispos del Pacífico de 2010, para dar un fruto nuevo, uno “que sea nuestra alegría y nuestro gozo”.